

MÁS INMENSO QUE EL CIELO

IVANA KASPER



IVANA KASPER

**MÁS INMENSO
QUE EL CIELO**

 Planeta

CAPÍTULO 1

ANTES

BECCA

El sudor frío recorre mi columna y abro los ojos de golpe. Miro el reloj despertador en la mesita de luz: 4:46 a. m.

Fantástico, pienso, mientras Thor, mi perro, se acerca asustado.

—Ey, ey, tranquilo. Es solo otra pesadilla. Nada nuevo, ya lo sabes —le digo acariciándole las orejas.

Thor me mira con ojos somnolientos y vuelve a acomodarse. Qué suerte tiene de dormirse tan rápido. ¿Lo envidio? Por supuesto.

Decido levantarme de la cama, sintiendo el peso de la noche aún en mi cuerpo. Observo en silencio mi rodilla; la cicatriz blanca está en el mismo lugar, y el dolor es el mismo desde el primer día. Me late, me pica, me molesta. Aprovecho que estoy despierta para empezar el día, aunque sea más temprano de lo que suelo hacerlo. Volver a dormirme sería una misión imposible.

Me sigo preguntando cuándo será el día en que pueda dormir una noche completa sin recordar el accidente. Hace siete años, una mala caída destrozó mi sueño. En segundos, vi cómo todos los años de entrenamiento, torneos y campeonatos se desvanecían frente a mis ojos. Desde entonces, tuve que dejar de

competir profesionalmente en gimnasia artística, y abandonar el equipo olímpico, por supuesto.

Fueron meses de fisioterapia, tratamientos, sesiones con psicólogos, terapias alternativas... probé todo lo que aparecía frente a mis ojos con tal de poder afrontar que nunca más podría competir y alcanzar mi sueño de ser medallista olímpica. Aprendí a convivir con el dolor y la frustración. Lo más doloroso era ver a mis ex-compañeros entrenar, viajar y tener éxito. Nadie te prepara para presenciar cómo se desmoronan tus aspiraciones de un día para el otro.

Me encuentro con el teléfono sobre la mesa y reviso las notificaciones. Desde la lesión, decidí crear una cuenta nueva en redes sociales, privada, para alejarme del recordatorio constante de la fama que nunca llegué a alcanzar. Los comentarios de pena y los mensajes de aliento me rompían cada día un poco más.

Una hora después, tras perderme viendo videos de perritos en TikTok y tendencias virales, decido darme una ducha. Siempre he sido de esas personas que necesitan bañarse antes de salir. Me despierta y me da energía. No me imagino comenzando mi día de otra manera.

Mientras preparo el desayuno miro mi agenda. Me obsesiona anotar todas las tareas del día. No quiero olvidar nada. La posibilidad de que algo se me escurra me asusta.

Luego de mi accidente, mi entrenadora Ava decidió acogerme como si fuera su hija y ofrecirme un trabajo en su escuela de gimnasia artística. La pasión que siento por hacerlo me desborda, así que levantarme temprano todos los días para entrenar a chicas de entre seis y ocho años me llena de felicidad.

Llego a *Rise Athletics Center* con un café en la mano. *Es el segundo del día, Becca*, me digo. Soy consciente de que la cafeína no me sienta bien tan temprano, pero tras una pesadilla, me lo dejo pasar.

—Hola, hola, mi niña. ¿Cómo te encuentras? —me dice Ava, con la calidez de siempre.

—Creo que mi cara dice mucho más de lo que puedo expresar con palabras, ¿no crees?

—¿Otra pesadilla? —pregunta levantando una ceja.

—¿Cómo lo supiste? —le respondo con una sonrisa burlona.

—Deberías visitar nuevamente a Spencer. Te había ido bien en su momento...

—No quiero volver a tomar ningún tipo de droga para dormir. Sabes que las detesto —refuto, sintiendo el cansancio en mi voz.

—Lo sé, pero si sigues así no podrás aguantar mucho más —me advierte con su mirada llena de preocupación.

Le devuelvo la mirada, pero con cansancio y cariño al mismo tiempo.

Ava me conoce desde que era una niña. Ha estado a mi lado en cada entrenamiento, torneo y campeonato.

Mis padres nunca estuvieron muy presentes y, para ser honesta, no los extraño. Viven a varios kilómetros de casa, y eso ya no me molesta en absoluto.

Luego del accidente nuestra relación terminó por romperse. Cuando pasas más de treinta horas a la semana en un gimnasio entrenando, ves más a tus compañeros de equipo que a tu familia y estás más tiempo fuera de tu casa que en ella. Es difícil mantener una relación estable, sobre todo con padres que nunca fueron un gran apoyo para cumplir tus sueños.

Me quedo mirando el vacío hasta que una notificación en mi teléfono me quita de mi trance.

Wyatt

Vamos, Becca, contesta de una vez. Sabes que quiero que hablemos. Es importante.

No otra vez, pienso. Agotada, elimino el mensaje, apago el teléfono y me dirijo a los vestuarios.

Me cambio y me miro en el espejo. Me repito que es solo otro día más, que tengo que superarlo. Que, en algún momento, las cosas mejorarán.



—¡Vamos, vamos! Así se hace, chicas —grito animando al equipo. Nueve diablitas de entre seis y ocho años practican sobre las vigas.

Las vigas, ironía del destino, fueron mi perdición. Una mala maniobra sobre ellas fue lo que me llevó al accidente. Este es un deporte tan hermoso como peligroso.

Entrenamos duro para las regionales, y mi sueño ahora es que cada niña en este gimnasio pueda cumplir los suyos. La gimnasia artística es exigente, dolorosa y muchas veces frustrante, pero también tiene una magia que solo entiende quien la vive.

Cuando la música se detiene, las chicas me miran, exhaustas. Les digo que pueden ir a los vestuarios y esperar a sus padres en recepción. A lo lejos, veo a Ava entrenando al grupo de juveniles. Las chicas tienen talento y con ella como entrenadora llegarán lejos. No puedo evitar una punzada de envidia; quisiera estar en sus zapatos.

Voy a los vestuarios y enciendo el teléfono de nuevo. Una cascada de mensajes me llega de Mia, mi mejor amiga. Con ella, lo intenso y caótico son moneda corriente, pero siempre estuvo ahí para mí, especialmente después del accidente. Me escuchó, y escucha, hablar de gimnasia artística hasta el hartazgo.

El teléfono zumba de nuevo y veo su nombre en la pantalla. Suspiro.

—¡Hola, Bee! —saluda entusiasmada—. ¿Dónde te habías metido? ¡Hace horas que te estoy escribiendo!

—¿Trabajando? No todos tenemos un padre millonario dueño de una cadena de restaurantes —respondo con sarcasmo.

—¡Ay, Bee! Ya te dije que trabajar es aburridísimo —bromea—. No, mentira. Hablando de cosas importantes: ¡tengo un plan para esta noche!

—Ay, no... No me digas que otra vez organizaste una cita a ciegas.

—¿Cómo lo supiste? —Se hace la inocente.

—Porque es lo único que has propuesto desde lo de Wyatt.

—Bueno, sí. Entiendo tu punto. Pero sabes que lo hago por tu bien. Ya es hora de que conozcas a alguien nuevo. De que te enamores. Te lo mereces. Sabes a lo que me refiero.

—No. No empecemos. No quiero que tengamos nuevamente esta conversación. Llama a alguna de tus amigas de la universidad, del club de campo o lo que te haga feliz. Pero sabes que esos planes no van conmigo. —Sueno un poco enojada.

—Está bien, está bien. ¡No te enojés! —Cambia de tema rápidamente—. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien, ya sabes. Lidar con nueve diablitos queriendo bailar Taylor Swift mientras les enseño técnica no es fácil. Hacerles entender de disciplina y trabajo con su edad... es complicado.

—Bee, eres un ángel. Te van a canonizar —responde con sarcasmo—. Realmente. Estoy segura de que cuando mueras tendrás un lugar muy especial cerca de Dios —me dice irónicamente mientras se ríe.

—Idiota.

—Pero me amas, y lo sabes.

—Solo porque no tengo a nadie más —digo en broma. Aunque, en silencio, la broma me deja pensando.

—Bueno Bee, te dejo. Tengo que salir corriendo a buscar a una nueva acompañante para presentarle a un guapo abogado de negocios de un metro ochenta, morocho y de ojos verdes —me dice, buscando tentarme.

—Eso no te lo crees ni tú —suelto un bufido.

—Sh. Déjame ilusionarte. Chaito, hablamos luego. ¡Te quiero!

—Chau, M —contesto.

Miro mi teléfono y suspiro. Me pregunto cómo fue que terminé haciéndome amiga de la chica más popular y rica del colegio cuando no hay nada que tengamos en común. Somos opuestos que se atraen y complementan al mismo tiempo.

A pesar de todo soy una fiel creyente de que las amistades tienen que representar eso. Un equilibrio. Entre la tranquilidad

y la intensidad. Entre la alegría y el mal humor. Un gato negro y un *golden retriever*.

Por si queda alguna duda, yo represento al gato negro en nuestra relación.



Enfilo rápidamente hacia la salida sin saludar siquiera a Ava. Veo a lo lejos que sigue compenetrada en su entrenamiento y no quiero interrumpirla. Entonces veo que Grace, una de mis alumnas, está todavía esperando en la recepción.

—Hola, Grace, ¿qué haces todavía aquí? —pregunto preocupada.

—Fallon no pudo recogerme, así que estoy esperando que alguien venga por mí —contesta con tristeza.

Trato de recordar quién es Fallon pero mi memoria falla. ¿Será su madre? Me pregunto.

—Oh, qué pena. ¿Quieres que me quede contigo? No tengo problema.

—¡Sí, por favor! No me gusta estar sola —responde con una sonrisa.

Le doy conversación para animarla. Aunque amo entrenar niños, no suelo involucrarme mucho más allá de eso. Mi trabajo consiste en entrenarlos, corregirlos y acompañarlos a mejorar en esta disciplina, pero es Ava quien se encarga de las charlas con los padres, las entregas de premios y todo ese mundo del cual yo decido quedar ajena. Pero Grace es dulce y apasionada, así que intentarlo no me cuesta demasiado.

—¿Qué fue lo que más te gustó del entrenamiento de hoy?

—¡La rutina de *Obsessed* de Olivia Rodrigo! —dice emocionada—. *Arabesque, relevé, tijera, giro...* ¡no puedo sacármelo de la cabeza!

—Prestaste mucha atención. ¡Felicitaciones! Tus saltos están cada vez más precisos. Estás mejorando muchísimo. Si sigues practicando y lo deseas, podrás llegar muy lejos —la animo.

—¿Y usted, profesora? ¿Por qué nunca la he visto en la viga?

La pregunta me toma desprevenida. Mi cuerpo se congela al segundo. Si bien hace años que no me subo a una viga, hablar del accidente nunca deja de ser doloroso. Las palabras se me atorán. Trago saliva, pero antes de responder, alguien se acerca.

Un hombre alto, de ojos amables, llega a buscarla. Su estatura me impresiona; mide, fácilmente, un metro ochenta. Y al lado de Grace la imagen es incluso cómica.

—Hola. Soy Ethan. —Extiende la mano un poco agitado—. Perdón, no nos conocemos. Soy el tío de Grace. Fallon siempre viene a buscarla, pero hoy se le complicó y tuve que salir corriendo del trabajo para venir. Puedes chequear en los papeles de administración; estoy autorizado para retirarla —aclara con tono nervioso.

Grace sonrío y da un saltito de alegría al ver a su tío, mientras él le acaricia la cabeza con ternura. Parece tan natural con ella, tan presente... Y algo en mí, sin quererlo, se afloja al ver esa conexión. Me recuerda que todavía hay personas con una calidez genuina en este mundo.

—Eh... hola —tartamudeo un poco, sintiendo un nudo en la garganta. *Becca, controlate*, me digo. ¿Qué me pasa?

—¿Estás bien? —pregunta, frunciendo el ceño con una pizca de preocupación.

—Eh, sí, sí. Perfectamente —respondo torpemente. Me aclaro la garganta—. Soy Becca, su profesora —digo finalmente.

Le acepto el apretón de manos, esperando no haber puesto demasiada fuerza. Mi cuerpo responde con un leve escalofrío, uno que no tiene nada que ver con el frío del gimnasio y mucho que ver con esos ojos que me observan con curiosidad.

—¡La famosa Becca! Grace habla todo el tiempo de lo mucho que disfruta aquí —comenta Ethan. Sus palabras son tan sinceras que siento cómo me sonrojo—. Gracias por esperar a que llegara alguien a recogerla. —Hay algo en su tono dulce que me desarma un poco.

—No es nada —contesto, tratando de recuperar algo de compostura.

—Bueno, nos vamos. ¿Grace? ¿Estás lista? ¿Tienes todo? —
Gira hacia su sobrina.

—Sí, tío. Todo listo. ¿Podemos ir a tomar un helado? Fallon
siempre me dice que no cuando le pregunto —pide Grace con
tono inocente.

—Claro que sí. Lo que sea por mi sobrina preferida —la con-
ciente, mirándola con ternura.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que los estoy
mirando a ambos con una expresión de embotamiento abso-
luto. *Reacciona, Becca. ¿Qué carajos te pasa?*, me reprendo interna-
mente.

—¡Adiós, Becca! Un gusto conocerte —dice Ethan alegre-
mente, como si nada raro hubiera pasado.

—A-a-adiós —balbuceo, notando el calor en mis mejillas.

Observo cómo salen por la puerta de cristal y, cuando se cie-
rra, miro mi reflejo en el vidrio, sintiendo el peso de la realidad.

Observo el reloj y me sorprendo al ver cuánto tiempo ha pa-
sado desde el final de la clase. El lugar parece tan distinto aho-
ra, como si las risas de Grace y la presencia de Ethan hubieran
dejado una especie de eco cálido que no puedo ignorar.

Por un instante, cierro los ojos y respiro profundo, intentando
calmar el revoloteo en mi estómago. Esa calidez, esa dulzura...

No, me digo. No estoy para involucrarme con nadie. Y menos
con alguien que parece tan inocente.

Pero a los cinco segundos un pensamiento ronda por mi ca-
beza.

Estoy en graves problemas, pienso, mientras el eco de su sonrisa
sigue rondando en mi mente.